

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE •• BARCELONA, marzo de 1895 •• NÚMERO 22

— Con el presente número se entregará el cuaderno 22 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



HISTORIA DE OCHO MARINEROS:

Después de trasladar los víveres de las chalupas á la tienda, encendióse una pequeña hoguera, y al poco rato empezamos á comer

SUMARIO

La fuga del cardenal de Retz (*conclusión*).—Historia de ocho marineros.—Hortensia de Castro (*continuación*).—Pensamiento.

LA FUGA DEL CARDENAL DE RETZ (1654)

(Conclusion)

«El centinela, que estaba á veinte pasos de mí, no osó hacer fuego, porque cuando le vi encender su fósforo le grité que moriría ahorcado si disparaba contra mí, lo cual le hizo creer, según confesó después, que el mariscal era quien favorecía mi fuga. Dos pequeños pajes que se bañaban, al verme suspendido de la cuerda, comenzaron á gritar que yo trataba de escaparme; pero no se les hizo caso, porque se pensó que pedían socorro para el dominico que se ahogaba. Los cuatro caballeros me esperaban en el fondo del rebellín, aparentando que daban de beber á sus caballos. En resumen, conseguí montar en el mío antes de que se hubiese dado la menor señal de alarma; y como tenía preparados cuarenta relevos entre Nantes y París, hubiera llegado infaliblemente á la capital, á no ser por un accidente que, bien puedo decirlo, ejerció una fatal influencia en el resto de mi vida. Apenas hube montado á caballo, tomé el camino en dirección á Mauve, que se halla, si mal no recuerdo, á unas cinco leguas de Nantes, por el río. Se había concertado que M. de Brissac y el caballero de Sevigné estarían esperando allí con un bote para cruzar la corriente; y La Balde, caballerizo del duque de Brissac, que iba delante de mí, dijome que era necesario galopar rápidamente para que los guardias del mariscal no tuvieran tiempo de cerrar la verja de su pequeña calle, en el barrio por donde era preciso pasar. Yo montaba uno de los mejores caballos del mundo, que le había costado al Sr. de Brissac mil coronas; pero no le di rienda suelta, porque el pavimento era malo y resbaladizo. Avanzábamos con toda celeridad, cuando uno de mis compañeros me advirtió de repente que preparase mis pistolas, porque dos de los guardias del mariscal se acercaban (después comprendí que ni siquiera se fijaban en nosotros). Por desgracia, seguí su consejo, y ya iba á tomar puntería contra el supuesto perseguidor más próximo, cuando el arma reventó, y mi caballo, espantado, me arrojó al suelo. Lanzado violentamente contra el poste de una puerta, me fracturé el hombro izquierdo. Uno de mis caballeros, llamado Beauchesne, levantóme al punto para colocarme otra vez á caballo, y, aunque sufría dolores tan agudos que me era preciso estirarme de vez en cuando el cabello para no desmayar, acabé de recorrer las cinco leguas antes de que el caballerizo, que me se guía con todos los correos de Nantes, pudiese darme alcance.

»Encontré al Sr. de Brissac y al caballero de Sevigné en el punto señalado en el río; mas apenas estuve en el bote perdí el conocimien-

to, si bien lo recobré pronto cuando me echaron agua á la cara. Después de cruzar el río quise montar otra vez, pero me faltó fuerza para ello, y el Sr. de Brissac hubo de colocarme sobre un montón de heno, donde me dejó con uno de mis compañeros, llamado Montet, mientras él iba con Joly á Beaupreau, á fin de reunir la nobleza para que me prestasen auxilio. Los demás caballeros que me seguían en mi fuga se quedaron en el camino á causa de haberle faltado el aliento á sus caballos en aquella desenfrenada carrera.

»Permanecí en mi escondite más de siete horas, sufriendo indecible angustia. Tenía el hombro dislocado y varias contusiones graves. A eso de las nueve de la noche me acometió la fiebre, y mis dolores fueron en aumento por el calor del heno. Aunque estaba en la orilla del río, no me atreví á beber, porque si Montet y yo hubiéramos salido de nuestro escondite, no habríamos tenido ninguno para arreglar bien el heno: circunstancia que podía facilitar un indicio á nuestros perseguidores.

»Desde nuestro escondite oímos á poco el rumor que producían soldados de caballería al pasar á derecha é izquierda de nosotros. Monsieur de la Poise Saint-Offanges, caballero muy distinguido en la comarca, á quien M. de Brissac había dado cuenta de mi situación, se presentó á eso de las dos de la madrugada, apenas se cercioró de que no había soldados por allí cerca, á fin de trasladarme á lugar seguro.

»Se me colocó sobre unas angarillas, y condujeronme á un granero, situado á unas dos leguas de distancia, donde me cubrieron con paja; pero como ya tenía algo para beber, me hallé en un estado relativamente satisfactorio.

»Después de haber permanecido allí siete ó ocho horas, el Sr. de Brissac y su esposa fueron á buscarme con unos quince ó veinte caballos, y me llevaron á Beaupreau, donde sólo estuve una noche, mientras la nobleza se reunía. En aquel corto intervalo, el señor de Brissac pudo encontrar más de doscientos caballeros, á los cuales se agregaron, cuatro leguas más allá, otros trescientos, al mando del Sr. de Retz. Pasamos casi á la vista de Nantes, de donde salieron algunos de nuestros enemigos para interceptarnos el paso; pero fueron batidos vigorosamente, y llegamos á Machecoul sin otra novedad.»

Allí se curó al cardenal con bastante torpeza, y, apenas restablecido, huyó á Belle Isle, no sin alguna dificultad, trasladándose algunos días después á San Sebastián, desde donde pasó á Roma con pasaporte español. Transcurrieron muchos años antes de que volviese á Francia, y «entonces—dice M. James en su *Vida de Luis XIV*—la edad le había privado de aquella violenta energía que fué un azote para el país donde nació». Esto fué en 1661. A su regreso, renunció al arzobispado de París, pagó sus pesadas deudas y entregóse á la vida retirada del filósofo. Murió en 1679.

HISTORIA DE OCHO MARINEROS

I

El viaje que varios holandeses emprendieron á la Nueva Zembla fué un hecho notable é interesante, y por algunos se consideró como una heroicidad. Esto me estimula á narrar el nuestro, y paréceme que no dejará de interesar también á mis lectores, por la semejanza de la expedición que emprendemos, comparada con la de aquella época.

«La Nueva Zembla se halla á los 76° de latitud N., y el lugar en que nosotros invernamos estaba á los 77° 40', es decir, casi dos grados más cerca al Polo Norte que los holandeses estuvieron, y, como se comprenderá, con mucho más frío. Estos últimos tenían todo lo necesario para conservar la vida y la salud, sin carecer de nada. No les faltaba pan, cerveza y vino, y sus víveres eran abundantes. En cuanto á ropas para su abrigo y limpieza, habían llevado en el buque todas las necesarias. Nosotros no teníamos nada de esto, ni pan, ni cerveza, ni vino: debíamos alimentarnos con lo que encontrásemos, y nos dábamos por contentos cuando podíamos comer carne de oso, expidiéndonos á ser devorados. Cierto que los holandeses mataron también muchas de aquellas fieras; pero fué para beneficiarse de las pieles, y no para comer su carne. También tenían cirujano, por si alguno enfermaba, mientras que nosotros habríamos perecido por falta de médico, en caso de una grave enfermedad.

»Los holandeses se quejaban de excesivo frío, diciendo, entre otras cosas, que les era forzoso tener dos fuegos encendidos para que el mortero no se helara cuando construían su vivienda; y añadían que las ropas se les helaban sobre los hombros, mientras que sus zapatos adquirían tal rigidez que parecían de hierro.

»Ahora bien: hallándonos nosotros muchas millas más lejos que ellos, ¡imagínese cuáles serían nuestras privaciones y padecimientos en una región en que el frío era mucho mayor y careciendo, por otra parte, de la ropa necesaria y de víveres! Si la salvación de los holandeses se consideró como una maravilla, la nuestra debía tenerse por milagro, y decididamente fué debida á la intervención del Todo-poderoso.

»Sentado esto, voy á comenzar mi narración.»

«La Groenlandia, país muy lejano en la dirección norte, se halla á los 77° 40', es decir, á 12° 20' del mismo Polo Norte. El país es rico en montañas, y éstas se ven durante todo el año cubiertas de nieve y de hielo, mientras que las llanuras no presentan la menor vegetación, como no sea un poco de yerba corta y marchita. El mar es tan pobre como la tierra, pues no hay más peces que las ballenas, aunque, en cambio, abundan los caballos marinos y las focas.

»Éramos ocho hombres, y estábamos al servicio de la Compañía de Mercaderes de Moscú, en el buque llamado *Salutación*, de Lon-

dres. Debíamos hacer un viaje á Groenlandia para ocuparnos en la pesca de la ballena en beneficio de la sociedad. Nos hicimos á la vela en Londres el 1.º de mayo de 1639, y, gracias á un viento favorable, muy pronto perdimos de vista las costas de Inglaterra. Después de luchar victoriamente contra los elementos, llegamos, por fin, al puerto de Groenlandia el 11 de junio siguiente. La expedición se componía de tres buques, que debían permanecer en aquellas regiones hasta el 15 de julio; y si para entonces no podíamos emprender un viaje para ir á la pesca de la ballena, uno de ellos debía dirigirse al E., otro á Puerto Verde, y el tercero, que era aquel en que nosotros estábamos, debía permanecer en el Cabo hasta el 20 de agosto. Sin embargo, el capitán, que había emprendido un largo viaje al mar de Bell, nos envió un mensaje para que fuéramos á reunirnos con él. En su consecuencia, el 8 de agosto salimos del Cabo, dirigiéndonos por el S. hacia Puerto Verde.

»Sin embargo, como el viento no era favorable, no fué posible seguir el rumbo que deseábamos. Al décimoquinto día, siendo el tiempo sereno, nuestro buque se hallaba á unas cuatro leguas de Punta Negra y á cinco de Maidupaps, lugar famoso por sus almacenes de provisiones. Nuestro jefe nos designó á nosotros para ir en una chalupa á tierra, á fin de cazar, pues necesitábamos carne para la provisión del buque. Nos embarcamos, llevando dos perros, y á las cuatro horas llegamos á la orilla. Hacía buen tiempo, y todo parecía favorable para nuestra excursión. En el primer día cazamos catorce venados, y al anochecer, rendidos de cansancio, nos ocupamos en preparar nuestra cena, con la intención de pasar la noche donde estábamos, continuar la caza durante una parte del día siguiente y volver á bordo. Sin embargo, al día siguiente el tiempo no era nada bueno. El viento había acumulado mucho hielo entre la orilla y el buque, y éste debió internarse más en el mar, tanto, que le perdimos de vista. A decir verdad, no sabíamos si estaba encerrado en el hielo; y como el tiempo era de cada vez peor, nos pareció lo más oportuno seguir cazando á lo largo de la orilla en dirección á Puerto Verde, á fin de esperar á bordo del buque que allí estaba hasta que llegase el nuestro.

»Avanzando, pues, en dirección a Puerto Verde, matamos ocho venados más, y, bien repleta nuestra chalupa, proseguimos avanzando hacia dicho puerto; pero al llegar allí, á los diez y siete días, vimos con grande asombro que el buque ya no estaba.

»Nuestra admiración era tanto mayor en cuanto sabíamos que el buque no contaba con víveres suficientes, por lo cual no nos explicábamos su marcha tan repentina.

»Al ver frustradas nuestras esperanzas, y no faltando más que tres días para cumplirse el plazo en que la expedición debía abandonar el país, creímos que lo mejor sería acelerar nuestra marcha cuanto fuese posible para llegar al mar de Bell, pues nuestro capitán temía què

la menor dilación ocasionara un grave peligro. Para aligerar el peso de nuestra chalupa, arrojamos toda la caza al mar; y abandonando así Puerto Verde, con la esperanza de llegar pronto al mar de Bell, distante unas diez leguas al S., aquella noche recorrimos casi la mitad de la distancia, llegando á la punta de tierra llamada Nesse Inferior; pero como la niebla era de cada vez más densa, nos fué imposible ir más lejos. Allí, entre dos rocas, estuvimos desde la tarde del décimoséptimo día hasta la del siguiente. Entonces, como el tiempo aclaró un

mo Fakely, mirando á su alrededor, gritó otra vez que seguíamos mal camino; y, al oír esto, los más de mis compañeros se empeñaron en dirigir la chalupa más al S., lo cual fué causa de que después nos arripiuntiéramos, aunque tarde. En cuanto á mí, no había dado en nada mi consentimiento.

»De este modo, el 20 de agosto, día fatal, que era el último del plazo señalado para permanecer en el país, volvíamos otra vez á navegar por el S., en dirección contraria de la que se debía seguir.



HISTORIA DE OCHO MARINEROS: Nos embarcamos en una chalupa para ir á tierra

poco, aunque había mucha niebla aún, salimos de Nesse. Sin embargo, como no llevábamos brújula para dirigirnos, ni había entre nosotros ninguno que fuera piloto, avanzábamos á ciegas, y esto fué causa de que pasáramos de la punta de Bell á diez leguas de distancia, lo menos, dirigiéndonos hacia el mar de Horn.

»Algunos de nosotros, sabiendo que era imposible que tardáramos tanto tiempo en recorrer ocho leguas, preguntaron que cómo estaba situado el puerto, á lo cual contestó alguno que se hallaba éste adentro; pero, en general, consideramos que el punto buscado no podía estar más al S... Guillermo Fakely, nuestro artillero, buen marino, aunque no muy hábil, pero que había estado en el país cinco ó seis veces, nos dijo que el mar de Bell estaba más al S.; pero nosotros, sin hacer aprecio de sus observaciones, enderezamos el rumbo hacia el N., juzgando que era lo más directo para encontrar el mar de Bell. Gobernando en este sentido, llegamos á dos millas de la Punta de Bell; y como el tiempo aclaraba, divisamos en seguida las cimas de altas montañas. Guiller-

»Inciertos y vacilantes, sin saber dónde se hallaba el mar de Bell, cundió entre nosotros el desaliento, pues no ignorábamos que íbamos á sufrir muchas miserias si no se encontraban los buques. En tal situación, y al ver que por el S. no se veía probabilidad de encontrar lo que buscábamos, nos dirigimos segunda vez hacia el N. Guillermo Fakely opuso nuevos argumentos para persuadirnos de que no íbamos bien; pero, sin hacer aprecio de sus palabras, seguimos navegando en la misma dirección. Fakely se negó á remar; mas yo cogí los remos de sus manos y ocupé su puesto. El tiempo seguía claro y sereno; y como el viento comenzara á soplar del E., pusimos la vela. De este modo llegamos á los veintiún días á la Punta de Bell; pero el viento soplaba con tanta fuerza del NE., que no podíamos navegar en contra de él. Fué preciso recoger la vela y servirnos de los remos, con ayuda de los cuales se recorrieron unas dos millas, y esto nos permitió llegar á tierra.

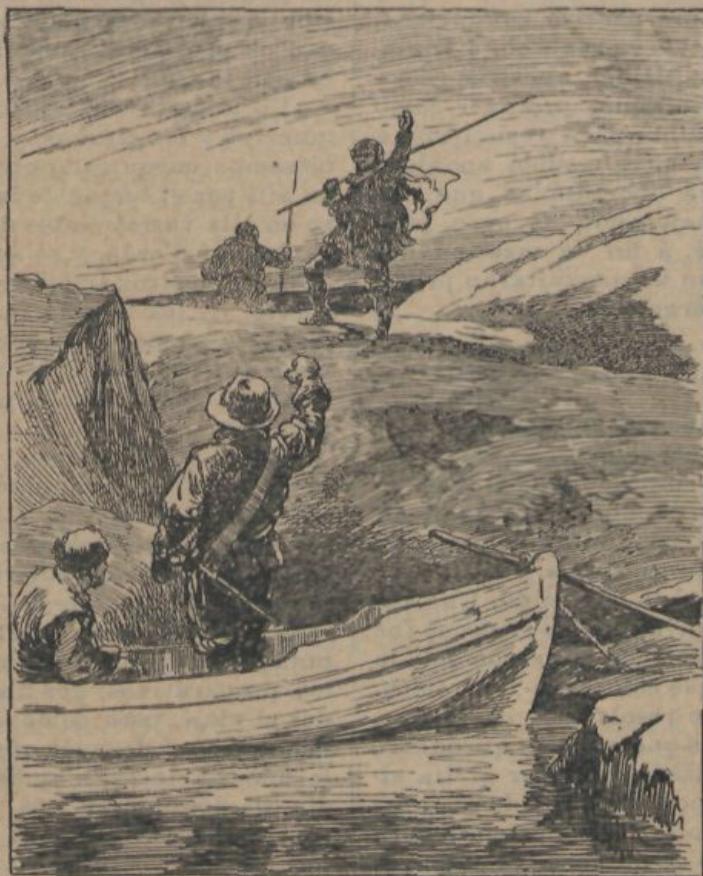
»Aquél era el mismo punto que nosotros habíamos buscado tanto tiempo, y, en su con-

secuencia, hízose un reconocimiento para ver si habría algún puerto conveniente donde amarrar nuestra chalupa, y se encargó á dos hombres que fuesen por tierra al mar de Bell para ver si los buques se hallaban allí, lo cual no esperábamos, á causa del mucho tiempo que había transcurrido y de la oportunidad del viento.

»Al llegar, los dos mensajeros vieron, efectivamente, que los buques ya no estaban; y, no sabiendo si se hallarían tres leguas más allá,

una muerte lenta y misera, atendido que no era posible habitar en aquella región tan nebrosa y tan cruelmente fría en el invierno.

»Sabíamos muy bien que ni cristianos ni infieles habían habitado nunca en aquellas desoladas regiones, y habíase nos dicho que en otro tiempo varios traficantes, deseando averiguar si se obtendría algún producto explotando el país, habían ofrecido buenas recompensas y abundantes provisiones á los que quisieran aventurarse, sin hallar por eso nin-



HISTORIA DE OCHO MARINEROS: Encargóse á dos hombres que mirasen si los buques se hallaban allí

al otro lado del mar de Bell, volvieron á reunirse con nosotros, llevando tan triste noticia. Después de una tempestad de viento, que duró hasta media noche, siguióse una calma, y, deseosos de aprovechar la primera oportunidad, continuamos nuestro viaje hacia la Ensenada de la Botella, fluctuando entre el temor y la esperanza de encontrar ó no los buques allí. No estaban, y esto nos produjo la mayor inquietud. No teníamos piloto, ni brújula, ni nada para dirigirnos, y, al parecer, debíase renunciar á la esperanza de salir de aquel mal paso. Nuestros temores aumentaron cuando nos consultamos sobre si sería más seguro permanecer allí ó marchar. En este último caso, la navegación ofrecía grandes peligros á causa del mucho hielo que se encontraría, sin contar que ignorábamos si sería conveniente ó no el sitio donde fuéramos; y si nos quedábamos en el mar de Bell, no podía esperarse allí más que

guno que quisiese exponer su vida en tan peligrosa empresa. Otro hecho recordábamos, y era que la Compañía de Mercaderes Moscovitas se encargó de que se conmutara la pena de varios criminales, condenados unos á muerte y otros á cadena perpetua, con tal de que éstos consintieran ir á Groenlandia para trabajar en su servicio, permaneciendo allí solamente un año. Los hombres aceptaron é hicieron el viaje; mas al llegar causóles tal horror aquel país tan desolado y triste, que prefirieron volver á Inglaterra para expiar allí sus crímenes con el castigo que se les impusiera, aunque fuese la muerte, que no permanecer en Groenlandia.

»Estos ejemplos eran más que suficientes para infundirnos temor y abatir nuestro espíritu, y nos mirábamos perplejos unos á otros, previendo que todos íbamos á perecer allí después de sufrir las más crueles angustias y privaciones.

»Y no era solamente la falta de víveres y de todo lo necesario para conservar la vida lo que nos amedrentaba: era también que careciamos completamente de ropa para preservarnos del frío y mantener el calor de la sangre. Durante algún tiempo permanecimos mudos y silenciosos, reflexionando sobre nuestra desesperada situación y sabiendo que las vacilaciones en tan apurados casos son el origen de todos los peligros.

»Sin embargo, determinamos reunirnos en una especie de consejo para tratar sobre los mejores medios de conservarnos donde estábamos, pues, por de pronto, era preciso renunciar á toda esperanza de obtener pasaje para Inglaterra. Desechados, por último, nuestros temores y abatimiento, resolvimos proceder como hombres y hacer lo posible para resistirnos á la adversidad. Como primera medida, acordóse aprovechar la primera oportunidad que nos ofreciera el tiempo mejorando un poco, para volver á Puerto Verde, á fin de cazar cuanto fuese posible para que no nos faltaran provisiones durante el invierno.»

II

«Adoptado este plan, y como quiera que el 25 de agosto mejorase el tiempo, soplando un viento más favorable, emprendimos el viaje en dirección á Puerto Verde, que, como ya he dicho antes, dista diez y seis millas del mar de Bell. La brisa era bastante fresca, y á las doce horas llegábamos al punto apetecido. Una vez desembarcados, en lo primero que se pensó fué en construir una tienda con el velamen de la chalupa, sobre el cual se colocaron los remos. Aquella primera noche resolvimos descansar, cenando con los víveres que aún nos quedaban, á fin de cobrar fuerzas para cazar al día siguiente. Como el tiempo seguía siendo regular, pudimos dormir sin molestia, y á primera hora de la mañana, después de preparar la chalupa, nos dirigimos á un punto situado á dos leguas de distancia, bien conocido de Tomás Ayres, uno de los nuestros, quien nos aseguró que allí abundaba la caza. Apenas llegados, desembarcamos, y, aunque no vimos muchos ciervos, matáronse aquel día siete y cuatro osos, cuya carne debía servirnos también de alimento.

»No obstante, como el tiempo comenzase á empeorar y no debía presumirse que mejorara por de pronto, aquella noche volvimos á Puerto Verde. Se armó de nuevo la tienda, comimos carne de uno de los animales cazados, y cada cual se entregó al reposo. Después de haber descansado largo rato, y al observar que el tiempo mejoraba de nuevo, nos preparamos otra vez para volver á la caza, llevando los perros. Guillermo Fakely y Juan Dawes se quedaron en la tienda para hacer las veces de cocineros y prepararnos la cena durante nuestra ausencia.

»En nuestra breve excursión hacia el Parque de Coles, que era el punto donde nos dirigímos, divisamos á la falda de una colina, junto á la orilla del mar, siete magníficos ciervos.

Remamos hacia allí apresuradamente, y con ayuda de los perros matamos seis, hecho lo cual, y no siendo el tiempo muy favorable, pensamos que no valía la pena ir más lejos y que sería mejor continuar allí la caza y volver á nuestra tienda por la noche. Cazamos seis ciervos más; pero, apenas hubo caído el último, comenzó á llover y á soplar el viento con fuerza, mientras que el cielo se oscurecía marcadamente. En su consecuencia, apresuramos nuestro regreso hacia la tienda, con la intención de cenar allí, descansar toda la noche y volver á cazar al día siguiente. Esto último no fué posible á causa del mal tiempo: el cielo estaba tan oscuro, hacía tanto frío y el viento soplaban con tal fuerza.

»En nuestra chalupa se cargaron los osos muertos y los ciervos; y como quiera que hubiésemos encontrado otra chalupa, abandonada allí por el buque de la compañía, pusieronse en ella varios restos de ballena diseminados en Puerto Verde, y se acordó que una mitad de los nuestros tripulase una de las embarcaciones, y los demás la otra. Adoptado este plan, esperamos á que mejorase el mar, resueltos á dirigirnos al mar de Bell apenas fuese el tiempo algo favorable, para pasar allí todo el invierno.

»Hacia dicho punto, pues, nos dirigimos apenas hubo oportunidad para ello, con la intención de establecer allí nuestro depósito de víveres; pero nos proponíamos volver á cazar más, para que no pudiera faltarnos en toda la temible estación que debíamos atravesar.

»Cargadas las dos chalupas, elegidos los tripulantes que debían montarlas, y hechos todos los preparativos, nos disponíamos á emprender el viaje; pero como la noche estaba próxima, se pensó después que mejor sería aplazar la marcha hasta la mañana siguiente. Al otro día era domingo, y nos pareció que debíamos santificarlo, retardando el viaje hasta el lunes.

»Llegada la mañana de este día, así que amaneció hicimos nuestros preparativos de marcha; el tiempo estaba bastante sereno y claro al principio; mas á las pocas horas se encapotó el cielo, y comenzó á reinar un viento tan duro, que fué preciso renunciar á ir aquella noche al mar de Bell, y nos quedamos á medio camino, volviendo por la mañana á la ensenada de Cove. Apenas avistamos este punto, comenzó á soplar el viento del SO., con tal violencia, que esta vez no se pudo pensar tampoco en llegar al mar de Bell, y forzoso fué quedarnos en la ensenada aquella noche. Nuestras chalupas quedaron amarradas y sujetas entre sí por un cable tendido desde la popa de la una hasta la popa de la otra, y en tal disposición las dejamos antes de irnos á descansar.

»Aqui nos ocurrió el primer percance grave que puso á prueba nuestra paciencia. Hallándonos todos en tierra, el viento del SO. comenzó á soplar con tal violencia hasta en la misma ensenada, que el ancla se vino encima de las chalupas, y éstas se sumergieron en parte, mojándose así todas nuestras provisiones, al-

gunas de las cuales comenzaron á sobrenadar en el agua. Si no se ponía remedio, íbamos á perderlas, y, para salvarlas, lo único que podíamos hacer, muy peligroso, era aventurarnos en el mar é introducirnos en las embarcaciones. De lo contrario, los víveres iban á ser arrastrados por las olas. Hizose así, y, bien sujetas las chalupas una con otra por medio de un cable, nuestros compañeros, que habían quedado en la orilla, arrastraron hasta ésta las chalupas. Desde entonces resolvimos dejarlas en tierra mientras no hiciese buen tiempo.

»Hasta el 8 de septiembre no nos fué dado embarcarnos, y aquel día fuimos al mar de Bell, donde lo primero que se hizo fué sacar los víveres de las chalupas y conducirlos á la tienda, y después examinamos detenidamente aquel lugar, puesto que allí debíamos pasar el invierno. Lo que llamo la tienda era una especie de casita construída con tablas y protegida la parte superior por un tejadillo; era obra de unos flamencos que habían ido allí algún tiempo antes por cuestión de tráfico, y media unos 80 pies de longitud por 50 de anchura. De esta construcción se había utilizado la Compañía de Mercaderes para albergar á los trabajadores que se ocupaban en hacer barriles para el aceite.

»Terminada nuestra exploración, observamos que el tiempo cambiaba muy singularmente y que la noche y el hielo se acercaban. Por estas razones no nos atrevimos á emprender otro viaje á Puerto Verde, temiendo encontrar después el mar tan helado que no nos fuera posible volver á la tienda. En cuanto á ir por tierra, ni siquiera debía pensarse en ello, pues el país era tan montañoso, que lo impedía completamente.

»En tal estado de cosas resolvimos construir con la mayor actividad una tienda más pequeña dentro de la grande, con la cual podríamos preservarnos más aún del frío. La obra fué tanto más fácil en cuanto teníamos á mano la mayor parte del material necesario, abandonado allí por la Compañía, y entre él encontráronse ciento cincuenta tablas, varias vigas, tres chimeneas y más de un millar de ladrillos, así como también tres grandes barriles de cal muy fina. Mezclando esta última con la arena de la playa, hicimos muy buen mortero para sentar los ladrillos; mas el frío era tan riguroso, que fué necesario encender dos hogueras para evitar que aquél se helara.

»Guillermo Fakely y yo, encargados de la mampostería, comenzamos á levantar una pared de la espesor de un ladrillo para proteger las tablas interiores del lado de la tienda. Y mientras hacíamos este trabajo, los compañeros se ocupaban diversamente, unos en hacer mortero, otros en limpiar la tienda, y algunos en traer tablas, dedicándose solamente dos á preparar el alimento. Una chimenea se colocó en la tienda grande, pues la otra, solamente de 20 pies de longitud por 16 de ancho y 10 de altura, se podía caldear con más facilidad. Nuestro techo se componía de una triple serie de tablas tan unidas entre sí, que el viento no

podía pasar entre ellas. En cuanto á las puertas, además de hacer que ajustasen lo mejor posible, se taparon las rendijas con ramos. No teníamos ventanas, y, por lo tanto, cuando se necesitaba luz era necesario desviar dos ó tres tablas.

»Cuando el tiempo comenzó á ser más frío aún, y los días tan cortos que apenas los conocíamos, hicimos buena provisión de leña, para lo cual convirtiéronse en astillas unos ciento cincuenta barriles viejos, abandonados allí, reciclando, además, todo cuanto pudiera servir de combustible.

»Así preparados para que no nos faltase vivienda y fuego, llegó el 12 de septiembre, y en este día vimos ya flotar algún hielo en el mar de Bell. A la mañana siguiente, al salir de la tienda, divisamos dos focas dormidas sobre un fragmento de hielo. Uno de los nuestros fué á buscar el arpón, se ató éste á una gruesa cuerda, y nos dirigimos hacia los animales. Al llegar cerca de ellos, observamos que no habían despertado, y nos aproximamos tanto, que la proa de la chalupa tocaba casi á una de ellas. En este momento, Guillermo Fakely, que tenía ya preparado su arpón, arrojólo con tal fuerza contra la primera foca, que ésta despertó sobresaltada, y entonces la rematamos con nuestras lanzas. La otra foca, que era más joven, comenzó á nadar tan cerca de la chalupa, que fué muerta fácilmente. Depositadas las dos á bordo, bogamos hacia la orilla para cortar la carne, asarla y comer parte de ella. El 19 del mismo mes vimos otras focas durmiendo de igual manera sobre el hielo; pero, á causa del frío, su sueño no era tan profundo, y por esta razón no pudimos matar más que una.

»El frío comenzaba á ser tan espantoso y las noches eran tan largas, que perdimos la esperanza de obtener más víveres antes de la primavera, y sólo contábamos con matar algún oso de vez en cuando. Al fin, nuestros víveres comenzaron á escasear tanto, que resolvimos limitarnos á una ración diaria, ayunando los miércoles y viernes, en cuyos días sólo tomábamos un poco de grasa de ballena, de la que aún contenían una regular cantidad varios barriles abandonados por la Compañía.

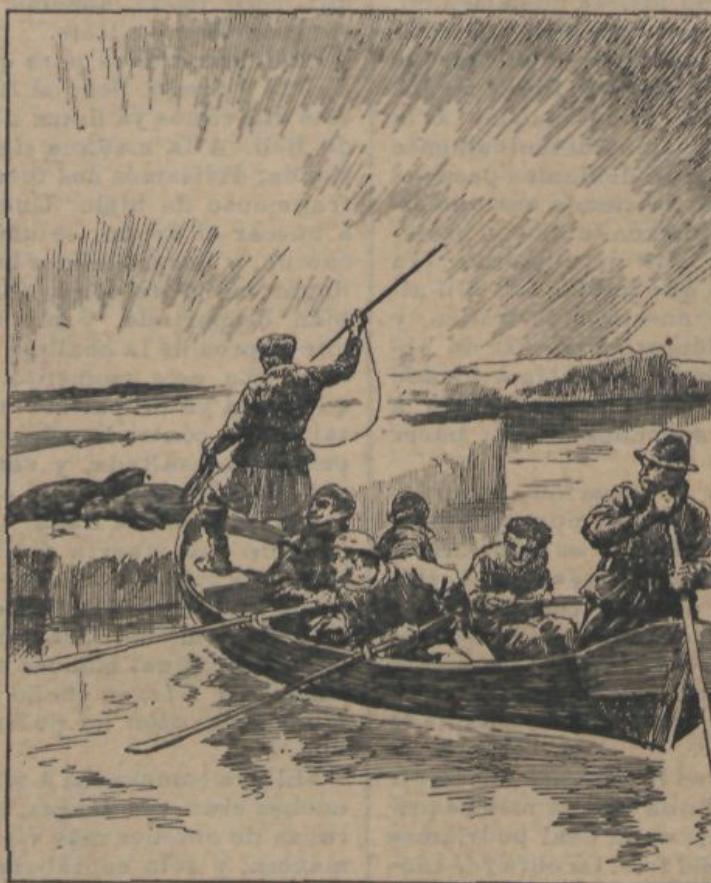
»En cuanto á nuestras ropas y zapatos, hallábánse ya tan destrozados, que era forzoso inventar alguna cosa para componerlos. De los cables deshechos sacamos una especie de hilo para coser nuestras ropas, haciendo agujas con restos de ballena. Terminados todos estos quehaceres, nos quedó más tiempo de lo suficiente para pensar en nuestras mujeres é hijos y en todas las comodidades del hogar doméstico, cuya falta teníamos tanto motivo para lamentar en nuestra espantosa situación. A veces nos quejábamos del capitán, acusándole de cruel é inhumano por habernos abandonado así; mas, por otra parte, reflexionábamos que tal vez había quedado cogido entre los hielos, pereciendo acaso con todos los tripulantes.

»Atormentados así por las dudas, los temores y el hambre que nos aguijoneaba en medio

del frío más espantoso, la desesperación comenzó á cundir entre nosotros. Con frecuencia elevábamos nuestras oraciones al cielo, y, sin duda, el Señor nos escuchó, pues desecharo nuestras lúgubres ideas, solamente se pensó en los medios de conservar la existencia.

»En lo primero que nos ocupamos fué en los víveres, y, por temor de que nos faltara fuego antes de terminarse el año, nos pareció mejor asar cada día medio ciervo y guardar la carne

nubes no la oscurecían, y veíamosla tan brillante como en Inglaterra, pareciéndolo acaso más por las densas nieblas y espesas brumas que oscurecen el tiempo durante todo el invierno. Cuando no se distinguía la luna teníamos una especie de luz que brillaba débilmente unas ocho horas al día, durante octubre; pero desde los últimos días de este mes hasta 1.^º de diciembre, aquélla disminuía diez ó doce minutos diariamente, y desde el 1.^º de diciem-



HISTORIA DE OCHO MARINEROS: Guillermo Fakely arrojó el arpón contra la primera foca

en barriles, de los cuales llenamos cerca de cuatro, con lo cual, en nuestro concepto, tendríamos lo suficiente para esperar mejor tiempo.

»Nuestra miseria era extremada, y nuestro mayor afán se reducía á combatir dos enemigos terribles: el frío y el hambre; pues, aunque esta última no nos acosase por de pronto, podía llegar un momento en que nos faltasen los víveres, bien porque la espantosa humedad los hiciera inservibles, ó por otra causa cualquiera.»

»Desde el 14 de octubre hasta el 3 de febrero no vimos el sol nunca, ni apareció tampoco un solo instante en el horizonte; pero, en cambio, no faltó la luna día y noche, cuando las

bre hasta el 20, ya no se vió más aquélla, y la sustituyó una noche continua. Cuando más, divisábamos de vez en cuando un ligero resplandor blanco, pero ninguna luz, y esto duró hasta el 1.^º de enero, en cuya fecha se comenzó á notar el día. Por eso perdimos la noción de éste y de la noche.

(Se concluirá)

►►►► PENSAMIENTO ◄◄◄◄

—Tener religión es algo más que mascullar algunas oraciones.

Hay que elevar el alma por la práctica del bien, corrigiendo siempre sus torpes inclinaciones.

=ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50. BARCELONA=

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.=NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA